

te por donde entrar, caminar y aprovechar; aquí tiene el perfecto por donde perfeccionarse y acabar en todo bien y virtud. Aquí también este Señor, lleno de dolores, enseña la ley del puro amor, que es dejarlo todo por el todo; entregarse y amar sin medida ni límite, sólo al solo, único al único, desnudo al desnudo; amar padeciendo y padecer amando; no hallar en la dificultad pretexto, ni en la flaqueza excusa, porque si es puro, todo lo puede, nada teme; detenido, no se detiene; preso, está libre; ardiendo, no se quema; viviendo muere, y muriendo vive; porque sólo vive de Jesús crucificado, y viviendo con El, muere para vivir siempre; con que se ve claro que, muriendo por puro amor, vivió para siempre.

Aquí crucificado muestra la verdadera libertad del alma que le ama puramente; pues ésta no ha de ser libre para hacer su voluntad y no tener contradicción de ninguno, sino que ha de ser desprendida de toda afición para estar cautiva de solo El, y que ningún amor ni aborrecimiento la ocupe, desprendiéndose de todo para dejarlo todo, desatenderlo todo para ser desatendida de todos, padecer en todo por un solo crucificado, á quien ama y en quien lo tiene todo.

Aquí crucificado muestra una semejanza de los cuatro dotes de gloria, que en algún modo y como en imagen tiene el alma crucificada que pura y perfectamente le ama; la cual, así unida á El, parece *imposible* estando en carne mortal: porque ninguna aflicción ni tribulación la derriba, ni aun la entristece; ninguna cosa deshace ni disminuye la pureza de su amor, como que nada sensible pudiese llegar á ella, poseída ya y transformada en el amor á quien está entregada, y éste anega en sí mismo todas sus potencias y sentidos, suprimiendo y esforzando las flaquezas de la naturaleza á que el alma vive sujeta mientras no está en la patria; y goza en ello una cierta imagen de aquella impassibilidad imperturbable del alma glorificada de este mismo Señor, á la cual no llegaba ninguna ola inquieta de las que en los mares de sus tormentos padecía.

Mostró también en sí el Redentor, que en la perfecta unión de su amor tiene en el alma una especie de la *claridad* glorificada, y en alguna manera prendas de ella (si bien que muy desiguales de las que hay en la patria); pues no sólo la limpieza interior, sino también por luz de verdades que entiende y Dios le manifiesta interiormente, se ocupa de solo El y en El es alumbrada, quedando clara y resplandeciente á sus ojos; por lo que así como ningún abatimiento bastó para encubrir la luz de las verdades de este Señor crucificado, así tanto más resplandece en esta alma la luz de estas verdades que ama, cuanto mayores son las tenebras que en el mundo reinan acerca de esta luz. Es también esta alma *útil*, que todo lo penetra, ni hay cosa cubierta para ella, ni que la pueda impedir la ocupación que en Dios tiene (embebida toda en El), así como el mismo Señor, teniendo contra sí unos como muros de acero, todo lo penetró hasta acabar sus divinas obras, abrir el cielo y ponernos en el seno de su Padre. En fin, mostró que la unión per-

fecta de un puro amor hace al alma *ligera* para subir, y para todo cuanto el amor de ella quisiere. Crucificada lo tiene todo; todo lo posee pobre; en todo reina en el mundo abatida; porque en todo ama á su Jesús crucificado que la enseñó.

ORACIÓN

¡Oh cuán bajo y terreno quedo yo, Señor de mi alma, á vista de las verdades tan claras que aquí me manifestáis! Mas para eso estoy aquí al pie de vuestra cruz, pobre y miserable, pidiendo misericordia. Coman los amados hijos ese divino pan entero, y echad las migajas de la cananea á este perro de vuestra casa, que con ellas me hartaré, y ellas me harán tal, que pueda ser levantado por Vos á la pureza de espíritu. Dadme, Señor, el de vuestra cruz, la luz de estas verdades y el amor con que nunca me aparte de aquí, mi crucificado Jesús. ¡Oh amor, oh suavidad soberana, oh esperanza mía perfecta, oh vida verdadera de mi alma, óidme, mudadme en vuestro espíritu desde ahora para siempre!

¡Oh Madre de Dios, perfectísima amadora de este Señor, que recibisteis de El cuanto tenéis, no sólo para Vos, sino para que por vuestro medio se nos comuniquen! Tened misericordia de este pobre miserable, que pido remedio al Señor para huir de mí, y vivir todo en El; y ya que El mismo quiere esto, quitad de mí todos los impedimentos y favorecedme para pasar de terreno á espiritual. ¡Oh ángeles, santos, oh corte celestial, que estáis ya fuera de los peligros de esta vida abrasados y poseídos de este amor! Unid á vuestra compañía á este miserable; y pues fuí redimido por el mismo Señor, sea por vuestra intercesión justificado, mudado y transformado. Amén.

TRABAJO XLV

Escarnio de las verdades de Cristo.

PADECIÓ el Señor en el proceso de su sacratísima Pasión un género de trabajo muy grande, citado ya en lo precedente, pero reservado para aquí, por cuanto en las horas que estuvo en la cruz padeció más en él; y este fué, ver y oír el escarnio de las verdades de su persona y doctrina; trabajo que le cercó en la cruz por todas partes; porque los pasajeros que transitaban, los soldados que le guardaban, los ladrones que tenía á los lados, los sacerdotes, príncipes y judíos, todos se burlaban de El y le blasfemaban; lo que el divino Cordero oía y callaba, padeciendo un gravísimo tormento. Había ya el Señor tolerado en aquella noche y día, dos gravísimos desprecios y escarnios de su sacratísima persona; el primero en casa de Caifás, donde se burlaron de su eterna sabiduría, cubriéndole los ojos, dándole bofetadas y diciendo: *Profetiza quién te dió*; en lo que le trataron como falso Profeta; porque habiendo experimentado

que penetraba sus interiores pensamientos (y por tanto nunca le pudieron engañar, ni le armaron nunca celada en que no quedasen publicamente abatidos y avergonzados), andaban tan sentidos de esto y tan avergonzados, que cuando le vieron entre sus manos tan rendido, y sin concurrencia de pueblo, de quien se corriesen, quisieron todos unidos en la malicia, hartarse de hacer mofa de su sabiduría, y así se burlaban de El en la cosa que tenían más atrapada. Y al modo que los hermanos de Joseph, cuando le hubieron á la mano y desearon acabarle, no le daban más nombre que el de soñador, en desprecio de las verdades que soñó de la preeminencia sobre ellos; así éstos en desprecio de la verdadera y más que humana sabiduría manifestada por Cristo, se mofaban de sus profecías, cómo quien dice: Adivina ahora pensamientos; di, falso Profeta, quién es cada uno, y pon el dedo en quien te hirió, aunque tienes los ojos tapados. Así acostumbrados á ceguedades del alma, y como sucesores de aquellos que cubrían el rostro á Moisés, por no poder sufrir la luz que de él salía, en virtud de la conversación que con Dios tuvo, cubrían los ojos á la luz que tenían delante, y nunca la quisieron ver, ni recibir, aunque la tenían entre sí, para quedar siempre ciegos. Pero esa misma luz permitió por entonces, que la cubriesen y despreciasen (pudiendo fácilmente confundirlos), para que desconocida, ninguna cosa impidiese las obras que por nuestra redención quería hacer; mas con todo eso, como conocía su excelencia, no le era pequeño tormento ser tratado como si fuera falso Profeta y maestro de falsedades, por aquellos que voluntariamente eran ciegos y calificaban las verdades por falsedades, haciendo cumplidamente su voluntad.

El otro escarnio, no inferior á éste, le padeció en casa de Pilatos con menos respeto y más desprecio de su divina persona; porque con los ojos descubiertos, vestido de escarnio, coronado de espinas, con cetro de caña en la mano, cercado de soldados (como se ha dicho), le daban muchas bofetadas, y escupiendo en su sacratísimo rostro, le decían: *Dios te salve Rey de los Judios*. Todo esto se hizo con tanto atrevimiento como si fuera un público truhán, falsario, traidor y convencido de tal. Pero el Señor, como si fuera culpado, todo lo sufrió y dejó que los enemigos llevasen adelante sus mentiras, siéndole muy fácil descubrir el que era Señor del cielo y de la tierra, y hacerse servir de los elementos y de todas las criaturas como su verdadero y soberano Rey. Pero como había dado licencia á los mares de la tribulación para que se enrespasen contra El, no quiso hacer por sí cosa que le pudiese aligerar los trabajos, ni amorrar las afrentas. Fuera de estas dos tan notables injurias que hicieron al Señor por burlarse de las verdades de su persona, debe tomarse en cuenta que todos los falsos testimonios que alegaron contra El ante los jueces, todo el profano y afrentoso tratamiento con que le llevaron públicamente por las calles y plazas de Jerusalén, se ordenaba principalmente á desvanecer la santidad y grandes demostraciones que había hecho de la majestad y

divinidad de su persona, y á oscurecer las puras y claras verdades de sus divinas palabras.

Pero después de crucificado, en las horas que estuvo puesto en la cruz, rebosó este género de trabajo en tantos géneros de zumbas y de desprecios, que algunos juzgan ser éste el mayor trabajo que tuvo en su sacratísima Pasión; porque como lo más sensible es lo más trabajado, hallan aquí mayores motivos de sentimiento, que en todo lo demás; por lo que aunque los tormentos del Señor fueron tan grandes y de tal suerte parece cada uno mayor, que no admite compararse con otro, con todo eso reputan mucho más penoso al presente; porque los demás trabajos pueden ser deseados en sí mismos, en cuanto al dolor y sufrimiento por el que sufre enamorado, para mostrar en ellos el amor; pues eszotes, corona de espinas, bofetadas, cruz, hiel, vinagre y otros corporales tormentos, aunque fatigan el cuerpo, son instrumentos de la honra divina que sobre todo se estima; pero blasfemar de Dios, desmentir las verdades eternas, trastornar las soberanas demostraciones de la divinidad y majestad del Hijo de Dios, aunque sirva para que Dios saque los bienes que pretende, son de su naturaleza cosas que por tocar tanto en la honra divina, aunque por justo motivo se pueden tolerar, por ninguno se deben desear, sino aborrecer. Siendo, pues, el Señor el principal celador de la honra divina, por la cual moría, tenía este género de trabajo mucho más que sufrir, más que aborrecer, nada que desear, y por lo mismo se puede reputar por el mayor de todos y en el que mostró más tolerancia; y el que hubiere pasado alguna cosa de estas, conocerá cuánta mayor perfección de paciencia y mayor gracia de Dios se necesita para pasar este trabajo con quietud de espíritu; porque cuando el hombre padece con culpa, le rinde al sufrimiento la conciencia y justicia; el padecer como malo siendo bueno, y ser tenido por tal contra razón, aunque parece insufrible, tiene otras superiores razones de gusto y alegría interior, con que muchos santos se alegraban en esto más que en otras cosas; pero ver desmentir las verdades más puras y más santas, traerá tanto mayor sentimiento y tanto más heroica será su tolerancia, cuanto mayor fuere el amor de Dios y el celo de su honra más perfecto.

En lo exterior sufrió el Señor este trabajo con tan profundo silencio, como si fuera insensible; pero su corazón padecía, sin duda, más dolor que el cuerpo con sus tormentos. Y como en la cruz y entre ladrones estaba como blanco de la malicia, del odio y de la variedad de condiciones de los más bajos modos de entender, todos se atrevieron contra El, y todos en esta parte le despreciaron en cuanto podían. Los que pasaban por allí meneaban la cabeza con escarnio, y dándole vaya, se burlaban diciendo: *Hola, hola, ¿eres tú el que destruyes el templo del Señor y en tres días lo vuelves á levantar? Librate á tí mismo, y si eres Hijo de Dios baja de esa cruz*: en lo que le echaban en rostro los milagros con que libró á tantos en sus dolencias y muertes, teniéndolo todo por embuste y

hechicería; y por eso decían, que si libró á otros, se libre á sí mismo, y que muestre la virtud de Hijo de Dios, si lo es, en bajar de la cruz. Y pudo tanto con el ignorante pueblo la falsa inteligencia que los fariseos habían dado á las palabras del Señor, que después de verle crucificado se lo echaban en rostro como dicho contra el templo material de Jerusalén, lo que el Señor había dicho del templo de su cuerpo, por haberlo así torcido los fariseos para deshacer su divina virtud: como que mal la tendría para destruir y levantar en tres días un templo, quien no podía librarse á sí mismo de la cruz.

Los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo se burlaban del Señor en los mismos términos, diciendo: *A otros libró y á sí mismo no se puede librar*; y mirándose unos á otros añadían: *Si es Rey de Israel, baje de la cruz y creeremos en él*. Y lo más pesado era que se burlaban también de la confianza que tenía en Dios, y decían: *Confía en Dios, libréle ahora; y pues se preciaba de ser Hijo de Dios, muestre ahora que le estima, y libréle como á Hijo suyo*. El pueblo, imitando á sus príncipes, usaba de las mismas mofas, diciendo: *Si este es el Cristo escogido de Dios, librese, pues supo librar á otros*. Los soldados se llegaban á El por escarnio, ofreciéndole vinagre por vino, y le decían: *Si eres rey de los judíos, escápate de aquí y ponte en salvo*. Los ladrones que con El estaban crucificados, ambos al principio, y después el malo, blasfemaban de El, porque no les valía en aquel tormento, cuando había favorecido á tantos en sus necesidades; y que si era rey y tenía poder de príncipe soberano, que se librase á sí mismo y á ellos; de modo que todos á competencia blasfemaban del Señor y se burlaban de su divina persona, mofándose de las verdades soberanas y tirando á desmentir y abatir sus heroicas grandezas. Acrecentaba la afrenta el modo con que hacían éstos escarnios, con todo el vilipendio que cada uno podía: el ladrón, con rabia de verse en el suplicio sin remedio; el pueblo, escupiendo al aire, con grandes risotadas, é inventando modos de maldiciones; los príncipes y sacerdotes, hinchados de soberbia, rebotando en placer por la victoria de su envejecida malicia, y que todos sus ardis quedaban justificados con el pueblo. Los caminantes meneando sus cabezas, como que al fin llegaron á descubrirse las verdades; y todos pasmándose y encareciendo el mucho tiempo que había usado de sus mañas y con cuánto ardid trajo engañado al pueblo.

Los sagrados evangelistas escriben esto en muy pocas palabras; pero de gente tan ingrata á las muchas mercedes que había recibido del Señor; de tanta malicia y odio como sus contrarios le tenían, y de tanto desahogo, se puede pensar que dirían al Señor muchas palabras y mayores injurias que las escritas. Allí se repetirían muchas veces las blasfemias de los fariseos, mirándose triunfantes: *¿No decíamos bien, que eras un endemoniado, engañador, samaritano, y que por hechicería y pacto con el diablo hacías lo que hacías? Si esto es mentira, librate de nuestras manos*. Otros pre-

guntarian por sus discípulos, haciendo escarnio de que le hubiesen dejado. Otros, con fiesta y zumba, le dirían que les predicase, que gustarían oírle. Allí harían memoria, en particular de estos y aquellos milagros y de sus palabras, glosándolo todo con diabólicas blasfemias. Allí lisonjearía el pueblo á sus príncipes, y les darían la enhorabuena de cosa tan bien acabada, aplaudiéndoles de entendimiento, experiencia y gobierno. En fin, todo se haría y diría allí peor de lo que podemos decir, ni imaginar, conforme se podía esperar de gente tan maliciosa y de tan dañados y envejecidos odios como tenían contra su Majestad. Y bien mirado todo, sin más palabras ni encarecimiento, está mostrando cuán sumo trabajo pasaría el Cordero crucificado, que sabía las verdades de sí y de los corazones de los blasfemos, y las perversas intenciones de todos, cuando por todas partes no oía más que escarnios y alreantas.

Este es un género de cruz, que el Señor muchas veces dá á sus mayores amigos y á las almas que quiere desprender del amor propio y del mundo, para hacerles muchas mercedes interiores; porque como prudentísimo Capitán de la conquista del cielo, y sapientísimo Maestro de campo, donde se ejercitan los escogidos hijos de Dios, cometa á los más valerosos y esforzados fronteros lo más peligroso, en que se gana más honra y hay más merecimiento. Pero como esta batalla tiene contra sí, no sólo la naturaleza, mas también muchas veces parece, que se opone el celo de la virtud, conviene aprender de este divino Cordero (para no perderse) la verdadera doctrina y perfección evangélica; y de esta perversa gente, los yerros y ceguedad de los que no caminan por los pasos y perfectísimos ejemplos de este Señor. En sus enemigos vemos que lo primero que hicieron fué tapar los ojos á la luz, para hacer mejor su voluntad, y no ver la hermosura de la claridad, que los podía confundir. Vemos que no con justicia ni razón, sino con gritos y escarnios quieren oscurecer la verdad, y para esto se aprovechan de la ignorancia del pueblo y de la libertad de los soldados. Vemos que el pueblo no aprueba el hecho de los sacerdotes y príncipes, por más santos, ni por mejores costumbres, sino por más industriosos, de más poder y mejores ardis para salirse con la suya, y que cuando ven al Señor silencioso, entonces le tienen por vencido. Vemos aprobar por buen gobierno el perseguir al justo y abatir sus obras, como perjudiciales á la república y máximas del mundo. Vemos á la gente más ambiciosa de la tierra, la más envidiosa, la que menos trata de la honra de Dios, y sólo de la propia y de sustentar la vanidad, que esa es la más enemiga de las verdades y virtudes del Señor, la que más trabaja por abatirlas, y que no les faltan dignidades, valimiento y cuanto desean; y que por no andar en estos cargos los mejores, es injuriado el inocente Cordero, y sus verdades perseguidas de los mayores. Vemos al pueblo deshonrar al Señor, y echarle en rostro sus obras, no con la verdad que en El habían experimentado, sino con las falsas inteligencias de sus príncipes; reinando en ellos, más el desagrado y ceguedad, que

el amor de las puras verdades. Vemos que los ladrones blasfemos ponen toda su bienaventuranza en librarse de la cruz y tormentos, y no crean como Hijo de Dios al divino Cordero, por no librarles de ellos. Generalmente vemos reinar en todos la malicia, prevalecer el odio, tener por falso al justo, abatido, y por falsas las esperanzas que tiene en Dios, cuando no acude prontamente á librarle de sus trabajos. De estas mismas condiciones son cuantos persiguen la virtud con pretexto de bien común, y celo santo; y por estos pasos contados caminan para prevalecer y perseverar en sus intentos.

Por otra parte, vemos al Hijo de Dios asirse á la cruz de manera, que no hay cosa que de ella le aparte, mientras le dura la vida. Vémosle callar y no defenderse con palabras, ni volver por sí. Vémosle encubrir su virtud en el tiempo de padecer. Vemos al Padre Eterno no volver entonces por su honra y dejarle abatir á voluntad de sus enemigos. Vemos al buen ladrón, que luego que Dios le abrió los ojos, como jó entre tantos desprecios la divinidad del Cordero, y ya no trata de librarse del tormento, sino de conseguir el paraíso. Vemos á este Señor entre semejantes escarnios hacer sus divinas obras (como queda dicho en otro capítulo), reinar en los corazones de los escogidos, ser conocido de todas las naciones, salvar los pecadores, resucitar en gloria y juzgar á sus propios enemigos. Por tanto, sus imitadores legítimos han de tener por espejo estas verdades, para no buscar otro modo de victoria que el de su Capitán, que cuando parece se retira y huye, entonces vuelve sobre todo el mundo con sus verdades y vence. Pongan los ojos en el gobierno que Dios tiene con su Iglesia, y hallarán, que siendo muy necesario á las ovejas que haya entre ellos muchos siervos é imitadores de sus virtudes, el Divino Pastor deja que los lobos maten á unas, y otras sean perseguidas de los malos. Entrega la cabeza de su amado Bautista en manos de una adúltera; las vidas de sus apóstoles á los enemigos de su nombre, y otras muchas cosas á este modo, porque con su eterna sabiduría ve ser lo mejor para su Iglesia que esté rica de virtudes, de ejemplos, sufrimientos y muertes gloriosas de sus siervos. No es, pues, maravilla permita Dios que en la casa de los ciegos el más ciego sea rey, y en casa de los maliciosos sea mayor el más astuto, y que sus siervos que andan entre ellos alumbrados de su luz no sean vistos ni oídos, antes bien les armen lazos de sus propias virtudes para derribarlos. Pero como la propia casa y reino de los siervos del crucificado es el cielo, permite el Señor que en el mundo sean conocidos sólo para lo que importa á la salvación de algunos escogidos; y que por último los abaten, para que solamente tengan la atención en la vida eterna que esperan, y no se precie el mundo de que honró á los hijos de Dios, y ellos conozcan que del cielo, y no del mundo, penden sus verdaderos bienes y las seguras honras.

De dos cosas deben estar advertidos los siervos de Dios para que el celo de la virtud entre las persecuciones de los malos no les engañe, ni haga perder la paz interior: una, que nunca está el Señor

en el mundo más honrado, ni sus virtudes tienen entre los hombres más debido lugar, que cuando el crucificado es imitado de los suyos, más á lo vivo, y cuando en los ojos de los hombres se precian de imitar sus desprecios; pues esto es lo que con la divina virtud vence; esto lo que tarde ó temprano reina y prevalece. La otra cosa es, que se guarden mucho de emplear sus cuidados en deshacer con arte los ardidés de los que persiguen la virtud ó contaminar sus artes con otros que la mansedumbre del divino Cordero no enseñó, porque forzosamente serán vencidos y ellos mismos se hallarán más desaprovechados; pues los que sólo pretenden mantenerse y hacer guerra á la virtud, son por lo común oficiales muy diestros en ardidés y mañas; porque cómo no tratan de la honra de Dios y verdadera virtud, sino del color de ella, para deshacerla donde la hubiere legítima, primero que todo pierden el temor de Dios y se refinan en buscar ardidés para lo que pretenden; mas los ojos de los que tratan de sólidas virtudes, viven de simplicidad inocente, de prudencia del cielo, de paz interior, y de contentar solamente á los ojos de Dios; por lo que, apartados de aquí para deshacer las artes de los mundanos, dan en manos de oficiales muy astutos y soldados veteranos que en una hora hacen más que ellos en toda la vida, y por tanto dan ocasión á que la virtud quede más desairada. Lo mejor es pelear con armas desiguales á las del enemigo, esto es, con perfecta paciencia, con pura fe en Dios, con esperanza en el cielo, con puro amor del prójimo, y rogar por los enemigos con silencio y con sufrimiento, porque estas armas tienen consigo la divina virtud, y no hay minas ni ardidés que la derriben. En fin, el que imite al crucificado, ese es el que saldrá victorioso.

EXERCICIO DEL ESCARNIO DE LAS VERDADES DE CRISTO

Adórente, Dios de mi alma, Hijo de Dios vivo, esperanza de mi corazón, el cielo, la tierra, los justos, los pecadores, los ángeles; y yo con ellos os odoro, os alabo, os bendigo y os doy infinitas gracias por este gravísimo trabajo que por mí quisisteis padecer en esa cruz. Verdaderamente os anegaron, Señor, los mares de las tribulaciones y os cubrieron las ondas de innumerables afrontas; pues no sólo colmaron vuestros sacratísimos miembros de tormentos sin ninguna piedad, sino que ya que vuestra divinidad no podía padecer, la ofendieron con injurias y deshonras tan enormes, que el celo de la honra divina os hacía sentir esto más que las penas corporales; pues el sufrir tormentos, el estar entre ladrones como jefe, padecer falsos testimonios, bofetadas, injurias, escarnios, duro es; mas el amor os lo hacía padecer gustoso, por mostrar á los pecadores cuánto amáis su bien y cuán obediente sois á vuestro Padre Eterno. Pero ver y oír escarnios de vuestras soberanas verdades, y que ofendiesen á la misma divinidad que tenéis unida, injuriándoos con vuestro mismo ser de Hijo de Dios, con ser el que dais espíritu á los Profetas y conocedor verdadero de los corazones, con la divina virtud que en vuestras obras resplandece, con las puras verda-

des de vuestra sacratísima doctrina, y que en esto y con esto in-jurien como á falso, mentiroso y engañador, son cosas donde el humano entendimiento no puede imaginar la excesiva pena que tendríais; porque no sólo era tormento oír exteriormente estas blasfemias, sino que vuestro celo de la honra de Dios os está consumiéndolo en lo interior, y el amor divino que allí arde os está atormentando; y entre tanto sentimiento calláis, y dejáis á vuestros enemigos que en la hora salgan con la suya, quedando Vos desmentido en público con indecible afrenta, sin mirar por Vos, sino callar, sentir, sufrir y hacer penar á vuestro corazón. ¿Qué es esto, amor divino? ¿Qué es esto, esperanza y gloria de mi corazón? ¿Tan grandes extremos de dolores quisisteis pasar, y que no hubiese cosa en esa cruz que no os diese trabajos inmensos? Que os atormenten con azotes y cruz, crueldad es de vuestros enemigos; que os juzguen lo que no sois, malicia es de los que os persiguen, ni se puede esperar de ellos otra cosa; mas que por llegar al profundo de las tribulaciones os vengan á atormentar con vuestra misma verdad, vuestra doctrina, vuestra misma divinidad y el ser el mismo de quien se burlan, eso os traspasa con dolor más incomparable que en cuanto fingieron hasta ahora. Aquí, Dios mío, se pasma el entendimiento; aquí enmudece el corazón. Guardasteis para Vos los grandes mares de esta tribulación, porque tenéis fuerza divina, y á esa medida quisisteis que fuesen los trabajos. Mas esto es tan superior á las fuerzas de la humana naturaleza, que si alguna vez los vuestros toleran algo que á esto se parezca, á Vos solo lo deben, y todo es obra vuestra.

Amos, Dios mío, ámos buen Jesús por tan incomparables dolores, y deseo consumirme todo en vuestro amor, pues el que me tenéis no sólo carece de ley y de medida en arder, pero ni la quiso tener en padecer. Confieso, Señor, mi flaqueza, que á nada de esto alcanza. Cuando pienso que puedo padecer por vuestro amor, se deleita mi alma; cuando pienso que vuestros enemigos me pueden perseguir por vuestro nombre, parece que su virtud me hace otro; y si vuestros siervos me persiguen, aunque es más duro de sufrir, con todo eso imagino que Vos lo queréis así por mis pecados; pero en llegando á ser perseguido con la misma verdad, con lo que hago por servirlos, con lo que me enseñáis, y que me sirva de verdugo lo verdadero, y de que lo cierto hagan ficción para sustentar mentiras contra vuestra honra y verdad; confieso, Redentor mío, que desfallece mi naturaleza, no puede con la carga, y aquí, más que en todo, es donde vuestra poderosa mano ha de mostrar en mí su virtud y poder. Con todo eso confieso, mi Señor y Maestro, que esto es lo que me conviene, amar sin medida y padecer por la medida que quisierais. Creo y conozco (pues así me lo mostráis en Vos), que lo que me conviene es padecer mucho, callar mucho, sufrir mucho, no mirar al medio, ni á la razón, ni de donde me viene el trabajo; sino solo á vuestra divina mano, y darla gracias por todo, y dejaros obrar, y no reconocer otro autor de mis cosas y trabajos sino á Vos.

¡Oh Cordero divino! ¡Oh sabiduría divina! Si esto me enseñáis en la cruz, ¿qué hacéis, pues no mudáis del todo mi naturaleza, y la transformáis en puro amor vuestro? ¿imitación, cuando ardéis en mi amor? Vos teníais infinita justicia y razón para no sufrir estas blasfemias, y sin embargo rompisteis por todo, á fin de que no os quedase por padecer; y yo, si bien reflexiono, hallo que la razón de no sufrir es el demasiado sentimiento de mi mala naturaleza, y que no sólo nace de ser flaca, sino de la soberbia, que tiene echadas en mí tantas raíces. Pero el amor que en esa cruz me mostráis lo puede curar todo.

¡Oh misericordiosísimo Maestro de mi alma! Vos veis que cuando hallo pretextos para no sujetarme del todo á lo que gustéis que padezca, sin más razón que quererlo Vos así, entonces estoy desatinado y frenético, sin juicio de cristiano y de amigo vuestro. No hagáis caso, buen Jesús, de estos mis desatinos, sino tened piedad de ellos, y ponedme las medicinas que esta alma necesita para asemejarse á Vos. Venga la cruz, venga la tribulación, donde quisierais, como quisierais y cuanta quisierais; pues soy fidelísimo amigo de mi alma, y sé que con la tribulación ha de venir vuestro auxilio para pasarla. Humilladme, Señor, á vuestros mandatos; ni me quede razón, ni justicia ó pretensión, mas que el parecerme á Vos. Refrenad mi lengua, para que á todo calle; contened mis pensamientos para que os imite, dilatad mi corazón para que siempre os siga y me alegre de padecer por Vos. ¿Cuándo, Señor, me veré por Vos, como os veo por mí? Si vos siendo mi Dios quisisteis mostrarme con semejantes extremos, que en todos ellos mirabais á darme á conocer lo que estimáis mi alma, y la gran fidelidad con que la amáis ¿qué mucho que yo, gusano de la tierra, desee en todo mostraros que sólo á Vos pretendo contentar, á sólo Vos amar y padecer mucho por Vos de todo corazón? ¡Oh amor divino! Haced en mí lo que por mí hacéis en ti. Pues me amas, abrázame; pues todo te das, consume en mí cuanto te desagrada.

Me acuso, Señor, ante Vuestra Divina Majestad de mi ceguedad, con que muchas veces y en muchas cosas he seguido los errados juicios de estos que os persiguen, aunque no os blasfemo como ellos; porque piensan que si Dios fuera vuestro Padre lo mostrara en librarlos de la cruz, y que si vuestros milagros y doctrinas hubieran sido verdad, lo calificarais bajando de la cruz; el ladrón blasfemo piensa que todo el poder está en que le libréis de la cruz. Yo, buen Jesús, aunque creo lo contrario en Vos, me acuso que en mí, cuando me dais lo que deseo, cuando me concedéis gustos, cuando acudís á mis necesidades y sufrís mis faltas, entonces os tengo por bueno y misericordioso, entonces pienso que sois grande en mercedes, que os acordáis de mí, y os alabo y adoro por tan grandes favores. Pero si me atribuláis, si me falta lo necesario, si encubris vuestras misericordias, soy mezquino en alabaros, ni os reconozco tan suave. En todo, Dios mío, soy así; en todo me parezco á mí; en todo soy miserable, flaco, pobre, ciego y desnudo de todos bienes. Alum-

brad, luz divina, esta ceguera; no reinen en mí errados pareceres. Enseñadme á albaros, á amaros y reconoceros en el favor y en la tribulación, en lo próspero y en lo adverso; pues en uno y en otro siempre sois uno, en todo Padre, en todo amigo y en todo fidelísimo bienhechor de mi alma.

En convertir ladrones crucificados y hacer padecer con paciencia la culpa conocida, se muestra más vuestra virtud, que en librar de la cruz en haceros confesar del Centurión por verdadero Hijo de Dios, y que muriendo en esa cruz volviessen para sus casas muchos de los que os despreciaban dándose golpes de pecho por lo que habían hecho, mostráis más lo que sois, que en responder por Vos; porque vuestra fuerza y virtud no está sólo en lo de afuera, sino principalmente en lo interior; por eso dejáis prevalecer las mentiras de vuestros enemigos en los ojos del ignorante pueblo contra vuestras purísimas verdades; pero reserváis el conocimiento de ellas para experimentar el puro amor que sobre todo estimáis. ¡Oh soberano amor! ¡Oh divino fuego, que, cubierto de ceniza y sofocado de tanta malicia y tribulaciones, ardes y luces en los corazones de los tuyos! A Vos crucificado, buen Jesús; á Vos deshonrado, amor divino, os experimenta el amor puro como verdadero Hijo de Dios. No sólo lo cree la fe y lo confiesa, sino que el limpio corazón y verdadero amor lo experimenta en fuerza de lo que resalta de esa cruz. ¡Oh, qué influencias arrojaís en él desde ahí! ¡Qué luces le comunicáis! ¡Qué secretos le descubris! ¡Qué interiores riquezas le franqueáis con abrazos suaves, dulces, llenos de paz, de luz, de gloria y de amor! Reedificáis en tres días el templo de vuestro sacratísimo cuerpo (al tiempo de resucitar), como lo habíais prometido; pero en un momento volvéis á levantar desde esa cruz, como Hijo de Dios vivo, los corazones derribados, templos vivos vuestros. Salváis crucificando, dais gusto atormentando, regáis secando; todo lo mudáis, todo lo enriquecéis y todo lo llenáis y saciáis desde ahí, donde parece que á todos amedrentáis. ¡Oh suavidad de mi corazón! ¡Oh luz encubierta de mi alma! ¡Oh crucificada libertad de mi espíritu! ¡Oh hijo de Dios vivo, tan flaco y tan fuerte, tan abatido y tan alto, tan deshonrado y de tanta majestad, tan affligido y tan suave, tan atormentado y tan blando! Vos sois el que éstos no conocen, por hallarse tan lejos de vuestro conocimiento como de vuestro amor. A ti clamo amor divino; á ti invoco amor excesivo; á ti llamo amor puro; por ti suspiro amor eficaz y verdadero. Ya que así me amas, llévame á ti; ya que por mí ardes, abrásame. ¿Qué me quieres, amor, que tanto padeces por mí y tanto me llamas á ti? Aquí estoy; haz tu oficio, llena, transforma, consume, múdame todo en tí. ¡Oh divino, hermoso, suave y único amor; poderoso para cuanto quieres, invencible en cuanto padeces!

Virgen sacratísima, ayudad á herir este corazón del amor de Jesús y ayudad á curarle con amor, pues de él vivís, por él estáis al pie de la cruz y con él padecéis. No seáis escasos, moradores y

amadores del cielo, con este miserable pecador; y pues en ese amor tiene su remedio, amad mucho por mí y abrasadme en amor de Jesús. Amén.

TRABAJO XLVI

Perdersse Judas, y un ladrón al lado de Cristo.

EL amor nace el aborrecimiento, temor, alegría y dolor; el aborrecimiento de lo contrario de la cosa amada, el recelo de perderla, el gozo de poseerla y el dolor de tenerla perdida. Quien conoce cuánto ama el Señor á los pecadores, y ve lo mucho que hizo por mostrarnos este amor, y cuánto le hizo el mismo amor padecer para que no se perdiesen, entenderá el sumo grado en que estaban en El, el odio de los pecados por donde nos perdemos, el temor de la perdición de muchos, la alegría de nuestra salvación y el dolor de los que se pierden. Y no hay duda en que uno de los molestísimos tormentos que el Señor tuvo en su vida, y especialmente en la Pasión, fué el conocimiento de los muchos hijos de Adán que habían de perderse, para los cuales trabajaba y moría en vano, por cuanto no habían de querer aprovecharse de los remedios que ponía para su salvación; causándole particular sentimiento los mismos que le solicitaban la muerte, y los ministros que por sus manos le atormentaban, en vista de que se habían de perder por derramar la sangre que por ellos mismos se sacrificaba, y que clamaban por sentencia de condenación los mismos tormentos que al Señor daban y El padecía por su remedio. Pero como el Señor no había de dispensar con su justicia, padecía y moría con su aflicción; y ésta la declaró por un Profeta en esta lastimosa palabra: *¡Ay! que me he de vengar de mis enemigos*; porque viendo los que no se habían de aprovechar de lo que hizo por perdonarlos, sentía mucho que la justicia le obligase á condenar á los mismos por cuya salvación moría. Y si este sentimiento fué general por los que se habían de perder, ¿cuánto mayor sería por aquellos á quienes había hecho más particulares mercedes, y puesto en más proporcionadas coyunturas para su salvación?

Con esto se entenderá cuán particular trabajo y sentimiento dió al Señor, el que se perdiese un familiar de su compañía y de su mesa, y otro de su lado estando en la cruz, cuando desde allí pasó el compañero al Paraíso. Judas recibió del Señor mercedes suficientísimas, no sólo para no perderse, sino para salvar á muchos, como hicieron los demás apóstoles; porque le sacó del pueblo, le hizo su discípulo, metiéndole en el número de los doce á quienes descubría sus secretos, con quienes trataba más perfectas doctrinas y los traía á par de sí, en su compañía y en su mesa. ¿Qué ejemplos de heroicas virtudes vería en el Señor? ¿Qué palabras oíría de su boca? ¿Qué particularidades tendría aquella divina conversación, capaz de convertir en ángeles bienaventurados á los demonios, si allí los hu-

biera? Dióle, además de esto, potestad para hacer milagros, y los hizo con el nombre del Señor, á cuya invocación expelía demonios de los cuerpos, teniendo buena experiencia de la majestad de su Maestro.

Con todas estas mercedes se pervirtió por codicia del dinero, y determinó venderle. Acudió pronto el Señor á socorrerle con mayores mercedes y socorros, para que se apartase de aquel mal propósito. En la última cena le hizo participante de su sacratísimo cuerpo y sangre; ensalzóle al honor de sacerdote (según dicen nuestro Padre San Agustín y San León), lavóle los pies; y á vueltas de estas tan soberanas mercedes, combatiría su corazón con interiores inspiraciones. Viendo que nada aprovechaba, dijo públicamente á todos los apóstoles, que uno de ellos le había de vender, y que mejor fuera ser arrejado á lo profundo del mar con una piedra al cuello, que haber nacido; y con todo esto no le pudo vencer por amor, ni por amenazas. Hasta en el lance de su prisión consintió que le besase como amigo, y sentido de ver que se perdía le dijo aquella palabra capaz de ablandar las piedras: *¿Amigo, á qué has venido? ¿Es posible que con beso de amistad me vendas?* y nada de esto alcanzó para que el desventurado se arrepintiese; y cuando vió que los judíos condenaron al Señor á muerte y le llevaron á Pilatos para confirmar la sentencia, dió en otra mayor desventura, viendo el mal que había hecho; pues en lugar de arrepentirse como hizo San Pedro, desesperó de la misericordia de Dios, y volvió los treinta dineros á los Sacerdotes y se ahorcó, reventando por medio, y derramó sus entrañas, bajando el alma al infierno. Así se perdió el discípulo compañero del celestial Maestro, cargado de tantas soberanas mercedes como le había hecho. Pero como el Señor no hace más fuerza á los corazones libres, que inspirarles, enseñarles y moverles con sus auxilios, dió á Judas más de los que pudieran bastar para salvarse; pero desechándolos todos, caminó á la perdición, y el Señor quedó con el dolor de ver que se perdía.

Entrando en su Pasión con tan gran pena de que el demonio le llevase aquella alma, cuanto era el deseo que había mostrado de salvarla; cuando se vió en la cruz entre dos ladrones, y que convertido el uno le pidió misericordia, no quiso dilatarla; y por resarcir el sentimiento del discípulo perdido, en el primer despacho prometió al ladrón crucificado el paraíso, manifestando bien el deseo y gusto que tiene de salvar; pues si condena á los que por su arbitrio degeneran, es por necesidad de la justicia; pero su amor tiene deseo y gusto en perdonar á los que se arrepienten. Y donde hay tanto amor y placer en perdonar, forzosamente ha de haber gran sentimiento en que se pierda el que desea salvar. Así le tuvo muy grande del ladrón que se perdió con tantos auxilios para lograr misericordia, como los de que el buen ladrón se aprovechó para alcanzar el paraíso; pues estaba junto al Hijo de Dios, verdadero Redentor de los pecadores, y junto á la sangre que por Él se derramaba; veía con sus ojos que el inocente Cordero, luego que se vió en la cruz, pidió en voz alta perdón por los pecadores; veía

su más que humana tolerancia, el silencio y mansedumbre con que sufría las blasfemias con que le injuriaban; veía sus ojos puestos en el cielo y derramando lágrimas; veía las tinieblas y el temblor de la tierra, que á todo el mundo sobresaltaba; vió el arrepentimiento de su compañero, y que luego fué perdonado; pues mirando á Cristo y considerando todo esto, entendió con luz interior que no podía ser culpado el Cordero divino en lo que padecía, por lo que le reconoció como Señor del cielo; y arrepentido de los pecados que le condujeron al suplicio, y de las blasfemias que había dicho contra el Señor, satisfizo, en cuanto pudo, con una heroica confesión. Culpó al compañero exhortándole con estas eficaces palabras: *Ni tú temes á Dios, estando condenado á muerte. Nosotros padecemos sin duda justamente, porque recibimos el justo pago de nuestras malas obras. Pero éste ¿qué mal hizo?* Y poniendo los ojos en el Señor con toda contrición y humildad le confesó como Soberano dueño, justo Juez y Dios del cielo, que podía franquear á quien quisiese, haciéndole bienaventurado, como Rey de la gloria, y le dijo: *Señor, luego que entres en tu Reino, acuérdate de mí pecador.*

El Redentor, que pesó en justa balanza tan gloriosa confesión entre tantas blasfemias, y á vista de sus enemigos, hizo tanto aprecio de ella, que la juzgó digna del paraíso; y oyéndolo todos, le respondió: *Hoy serás conmigo en el paraíso.* Con esta palabra le puso en estado de gracia, confirmóle en ella, y bautizóle en el bautismo de amor, como primer cristiano, que moría con la fe en su boca. Este era sufficientísimo ejemplo para que el otro ladrón (ya que así como así moría) se aprovechara de la bondad del divino Cordero; pero ni lo que veía en él, ni las mercedes que oía hacer á su compañero, bastaron para hacerle volver en sí antes obstinado en sus blasfemias murió y se perdió. Estar, pues, el Señor muriendo por aquellos dos ladrones, ofreciendo por ellos su sangre al Padre Eterno, hecho como capitán y familiar de homicidas, prometiendo á uno el paraíso, y ver al otro tan perverso, que moría blasfemando, tan obstinado, que con ninguna cosa se arrepentía, y que de su costado, de su sombra de la cruz, que ya había santificado para salud de los pecadores, y que de su última compañía (que siempre se estima mucho) veía perder aquella alma; sin duda que aunque como justo Juez salvó al arrepentido, y condenó al obstinado, con todo eso como Redentor, como Padre, como amigo fidelísimo y buen Pastor de aquella desventurada oveja, le dolió y sintió mucho que se le perdiese en semejante ocasión y en tan oportuna coyuntura de salvarse. Estos son excesos y angustias del divino amor, que atormentaban al Cordero de Dios en la cruz, para que no le faltase cosa que pudiese hacer sus trabajos más excesivos.

En todo nos da grandes y muy necesarios documentos. Primeramente nos enseña, que no sabemos nosotros desear y procurar nuestra salvación, ni sentir nuestra perdición tanto como Él; y que en todo tiempo está con los brazos abiertos para recibir al arrepentido, ofreciéndole sus tesoros á cuantos los quisieren admitir. Tampoco

co podemos desear acerca de esto otro ejemplo más cierto, ni más clara demostración, que hacer Dios á un ladrón el primer cristiano que después de su muerte se salvó en la confesión de su fe y en su amor; con lo que dejó á todo pecador arrepentido una cierta confianza de que en ningún tiempo le será negada la entrada, donde un ladrón se llevó la delantera.

Pero esta confianza que de parte de Dios tenemos tan segura, Judas y el mal ladrón la hacen dudosa en lo que mira á nuestra parte; porque cuando un hombre se quiera imaginar en lugar y estado muy seguro para salvarse, parece no podrá escoger otro, que ó el cielo entre los ángeles, ó en la tierra en el número de los doce Apóstoles, ó en la muerte pagando sus pecados al lado de Cristo crucificado. Pero ni el cielo dió seguridad á los ángeles (pues de allí cayó Lucifer con cuantos le siguieron), ni á Judas el colegio apostólico, ni al mal ladrón la cruz al lado del Señor crucificado (pues allí se perdieron). La razón es, porque ningunas mercedes del Señor aseguran á las almas que dotó de libre albedrío, si ellas no se aprovechan libremente de las ocasiones que Dios les da para salvarse. Pero quien de todo se olvida y entrega el corazón á sus deseos, queda en poder de ellos más perdido, y todo en él será vano. San Gregorio, en el cuarto libro de sus diálogos, refiere un caso espantoso: que un hombre murió, y fué condenado al infierno. Volvió á resucitar, y vivió tan mal, que tornó á morir en estado en que se condenó. No quiso el Señor en el Evangelio que ninguno tenga seguridad en los talentos recibidos, si no los emplea en granjear merecimientos del cielo. Sólo el humilde que tiene cuidado de su alma aprovechándose con temor de Dios de las mercedes recibidas, viéndolo con cuidado de contentarle, y procurando unirse á El con amor, es el que asegura la salvación. En fin, por conclusión de la materia, y para que la confianza en la bondad divina no nos entibie, y á fin que ninguno se fie de la última hora confiado en que en ella será recibido, si se convirtiere á Dios, debo traer á la memoria lo que nuestro padre San Agustín, hablando de la salvación del buen ladrón afirma: que aunque la fe enseña que será recibido de Dios el que en la última hora se convirtiere, con todo eso el que en toda la vida no pudo conseguir convertirse á Dios de todo corazón, con cuantos auxilios ofrece Dios para esto, menos lo hará á la hora de la muerte (lento de dolores y miedos), á lo menos de un modo que merezca ser recibido. Por tanto, dice, ordenó Dios que en la divina Escritura hubiese ejemplos de muchos que se convirtieron en vida y fueron perdonados; pero sólo uno del ladrón convertido en la última hora, para que ninguno presumá ser segundo.

EJERCICIO DEL SENTIMIENTO QUE CAUSÓ AL SEÑOR LA PERDICIÓN DE JUDAS, Y DEL MAL LADRÓN

Todo sois hermoso, buen Jesús, todo blando, todo suave, todo amcroso; en llegando á los corazones de los pecadores, vuestros ojos convierten las almas, vuestras palabras ablandan las durezas,

vuestra conversación atrae á los errados, vuestros favores cautivan. Todo sois amable, todo verdadero amigo, todo os empleáis y consumís, y cada vez os renováis en el amor de los pecadores. Santificasteis con vuestros pies á la Magdalena, con vuestra presencia la casa de Zaqueo, con vuestro llamamiento al usurero Mateo, al perseguidor Pablo, y con vuestros ojos al perjuro Pedro. Comiais en casa de los pecadores con gusto, los recibíais con blandura, perdonabais con misericordia, los defendíais con sabiduría, los enriquecíais con bondad; y como verdadero juez justificasteis al publicano, disteis el paraíso al ladrón, y á ningún pecador dejasteis sin remedio, sino al que por arbitrio propio quiso ser obstinado. Todo os consumía vuestro amor de los pecadores, pues estimasteis más su salud, que vuestra honra y vida. Todo os disteis por ellos: llorasteis sus males, pagasteis por sus penas, mostrasteis que ardíais en su amor, que os dolían mucho sus pecados, que sentíais altamente su perdición; y cuanto es en Vos mayor este amor, y cuanto más ardéis en deseo de la salud de los pecadores, tanto más os acrecienta la pena su perdición. Y si todos los que se pierden os causan mucho dolor, ¿quién podrá imaginar el grandísimo sentimiento que os dió la perdición de Judas y del ladrón, que teníais junto á Vos en la cruz? Quien os ama, Dios mío, os entiende, porque conoce la fineza de vuestro amor. Teníais ya en la red á estos dos junto á Vos, en estado de quitarlos de las garras del enemigo; y ser ellos tales que por su malicia y obstinación se perdieron, no fué para Vos menor tormento, que los que padecíais en la cruz. ¿Aún este trabajo y aflicción os faltaba por pasar, Cordero de Dios, en vuestra Pasión? Bendito y alabado sea vuestro divino amor.

Tan fino sois, Redentor mío, que no dejáis de hacer cuanto podéis porque ninguno se pierda. A Judas, después de pervertido y haberos vendido, le hicisteis Sacerdote, le disteis vuestro cuerpo y le lavasteis los pies; le hablasteis al corazón, le dijisteis cuánto mejor fuera no haber nacido para ver si el miedo le movía; le aceptasteis el beso y abrazo en el Huerto; siendo traidor; le llamasteis amigo con familiaridad para ver si le podíais ganar; pero El porque quiso se perdió, y Vos fuisteis á padecer por El traspasado con la pena de ese vuestro suave y blando corazón, sabiendo que ni de eso se había de aprovechar; y así se condenó y os dejó herido de dolor y entrañable sentimiento de su perdición. En parte parece que estaba ya contento vuestro amor, cuando os visteis junto á dos ladrones, y al uno arrepentido disteis el paraíso, resarciendo la pérdida de Judas; pero se os renovó el dolor, viendo perderse á vuestro lado otro obstinado ladrón. ¡Oh amor divino! no ciego, sino por voluntad cautivo de los pecadores, ¿qué aflicciones son estas? ¿Tan ocioso estáis en la cruz, que se os olvidan vuestras penas con el sentimiento de la perdición y voluntarios males de los pecadores? ¡Oh fuego infinito! ¡Oh entrañas de Padre! ¡Oh verdadera amistad, tan desinteresada, tan pura, tan pródiga, tan olvidada de sí y tan solícita de los pecadores que ama! ¿Por qué no os amo, buen

Jesús, de todo mi corazón? ¿Por qué gasto ni un momento de la vida fuera de vuestro amor? ¡Oh si así me emplease con todo empeño en Vos, como os veo á Vos empleado en mí! ¿Cuándo me verá de esta manera, cuándo, cuándo? ¡Oh qué largo cuándo, y cuánto tardad! Apresurados Vos, mi divino Pastor, á recogerme, á cautivar-me de vuestro amor y á poner en Vos todo mi cuidado, pues sólo esto es lo que os agrada, y sin Vos no lo puedo hacer. Bastan las penas que os he dado con mis pecados; no permitáis que os las acreciente con mi perdición. Aquí me rindo á Vos desde ahora para siempre; tomadme por vuestro, crucificadme y salvadme.

¡Oh Rey de la gloria y Señor del paraíso! ¡Oh verdadero amigo y Pastor de mi alma! Aquí tenéis otro ladrón en que satisfaceros de la pena y aflicción que os causa el ver perder á ese en una tan buena coyuntura como tenía para salvarse junto á Vos. Yo soy el ladrón que más que ese merezco ser ajusticiado por mis maldades. Yo soy el falsario de los buenos talentos de gracia y naturaleza que me disteis, porque usé mal de ellos y los tuve ociosos, sin aprovecharme de tan buenos medios ni granjear por ellos mi salvación. Yo soy el que muchas veces robé vuestra gloria con mi soberbia y vanidad, no refiriendo á Vos todos los bienes siendo vuestros, y apropiándome á mí vanamente lo que debía á vuestra gracia y misericordia. Yo soy el que robé el juicio y la justicia, trocando la pureza de vuestras verdades por las mentiras del mundo y de mi carne, y por desventurados sobornos de bajísimos gustos de la vida. Yo soy el que gasté la mayor parte de mi vida en obras más dignas de tormentos que de perdón. ¿Cuántas veces pudisteis, Señor, matarme y entregarme con mucha justicia á los demonios, enviándome al infierno, apartado de Vos para siempre, y con todo eso me sufristeis con infinita misericordia, me esperasteis hasta aquí, y aún de esta vuestra paciencia me hallo tan desaprovechado, como Vos, buen Jesús, estáis mirando y sufriendo? Pues, remediarlo único de mis llagas, ya que estáis tan sentido de que se os pierda ese ladrón, esta es mi hora; veis aquí á otro peor, á quien podéis condenar con más razón. Dadme, Señor, esa cruz que está desocupada. No pierda ella su virtud porque se pierda el malo; Vos la habéis ya santificado; para mí está reservada; dádmela, divino Cordero; crucificadme en ella junto á Vos; satisfacedme en mi alma de la pérdida de ese infeliz obstinado.

Yo confieso, Dios mío, con ese otro ladrón mi compañero, más dichoso y bienaventurado que yo, que sois Rey del paraíso, que le podéis dar á quien quisierais y que no le negáis á quien á Vos se convierte con puro amor. Confieso que ahí donde estáis sois Dios, Hijo del Eterno Padre, que me podéis salvar; confieso que cuanto me mandareis padecer por mis pecados, es mucho menos de lo que yo merezco; Vos, Cordero inocentísimo, sois el que padecéis contra toda razón, que ningún mal hicisteis, que llenáis las almas de todos los bienes que de Vos quieren, y sois rico tesoro de glorias y bienaventuranza. Mas yo que no temí ofender vuestra bondad, vuestra

Majestad infinita y vuestro amor, justamente seré condenado. Pero, mi Jesús, acordaos de mí, pues vais á vuestro reino. Dadme ese lugar que junto á Vos queda desocupado, para tener esperanza de que me llevaréis al cielo en vuestra compañía. No queráis, Señor, tener más sentimiento de almas perdidas; ganad á ésta, pues aquí me convierto á Vos, ni me améis menos que á esos que tenéis junto á Vos crucificados. No pido, Rey de la gloria, el paraíso para hoy (como le dais á ese mi compañero), que no lo merezco; mas pido que hoy, en esta hora, me pongáis en esa Cruz, y en ella me tengais toda la vida y cuanto Vos quisierais, porque en ella me ofrezco á toda vuestra voluntad. ¡Oh buen Jesús, si me viese en ella clavado junto á Vos, en vuestra compañía y preso de vuestro amor, de vuestra gracia y misericordia, de suerte que nunca quisiese apartarme de la cruz! Buen Pastor y Señor de esta alma, Vos sabéis que no hay cosa más cercana al Paraíso que la cruz; sabéis que ninguno tiene prendas más ciertas de la gloria que los crucificados; que ninguno tiene más cierta vuestra compañía é influencias de vuestra gracia y amor, que quien está en la cruz sujeto á vuestra voluntad. Cruz, Señor, pido y vuestra gracia para estar á vuestro lado, que sois el verdadero y suave Paraíso de las almas crucificadas, y en ella tendré seguro vuestro reino; en ella se acabarán mis pecados; en ella me daréis vuestro amor; en ella viviré para Vos, moriré á toda vanidad de la vida por Vos, acabaré en Vos suavemente y reinaré gloriosamente para siempre con Vos.

Oh madre de Dios, abogada de los pecadores, que veis con vuestros ojos estas misericordias que el Señor hace á los errados, y los dolores que en su alma padecía por los que se perdían; Vos mejor que ninguno las entendíais, pues más que todas las criaturas le amabais, y veis que no se acabó este amor, sino que aún dura y vivirá para siempre; pues aprendisteis de este Señor á tener misericordia de los pecadores, valed á éste que os llama. Alcanzadme el lugar del ladrón perdido, con perseverancia mientras viva, y un lugar para siempre en su reino. ¡Oh ladrón dichoso, que hoy vas á ser ciudadano del paraíso y que tan válido te hallas de este Señor! Toma conmigo á toda la Corte celestial, y compadécete de este pecador tu compañero que queda desterrado; ayúdame á alcanzar la cruz que te salvó, el amor que te renovó, y la gloria que te coronó. Amen.

TRABAJO XLVII

Ver los dolores de su sacratísima Madre.

Tué la soberana Virgen nuestra Señora tan fiel compañera de los trabajos de su Hijo nuestro Redentor, y tuvo en ellos tanta parte, que no puede tratarse de los trabajos de su Hijo sin muy particular memoria de los de la Madre; porque la causa de éstos, fueron aquéllos, y no era pequeño tormento para el Redentor ver los que su Madre por amor de El padecía; como ella fué la más

perfecta imitadora de las perfectísimas y heroicas virtudes de este Señor, también en el orden de sus dolores y modo de pasarlos fué muy semejante á El, en cuanto le podía y debía imitar. Desde que fué Madre de Cristo nuestro Señor, tuvo en su corazón la batalla de amor que á su Hijo también traía en perpetuo tormento, del dolor que le había de ver padecer (que ella muy bien sabía), el rendimiento á la voluntad de Dios, que así lo quería, y el deseo ardentísimo de que consumase la redención que ella, como Madre de los pecadores, más deseaba; de suerte que el amor de la salvación de los pecadores la hacía desear el remedio, y el mismo amor la afligía como Madre, sintiendo los medios para ello necesarios, que eran tantos y tan inmensos trabajos de su Hijo y su Dios. Y como no faltaba á ninguna obligación, padecía á medida de su indecible amor, por la misma deseaba nuestro remedio y se rendía á cuanto ordenaba la divina voluntad.

Llegado el día de la Pasión, crean los Santos, en virtud del amor y obediencia con que el Señor trató siempre á su sacratísima Madre, y por el cuidado que tiene de asistir á los alligidos en sus trabajos, que antes de entrar á padecer fué á despedirse de la santísima Virgen; en cuya despedida le pedría licencia, como á Señora y Madre, para ir á cumplir la obediencia de su Eterno Padre; y le diría cómo era también su voluntad que ella le acompañase al pie de la cruz, y le amortajase y sepultase. Allí le daría El orden de lo que había de hacer y donde había de estar hasta que El resucitase, y la encomendaría sus discípulos y el cuidado de todos los fieles hasta que llegase el tiempo de ser trasladada al paraíso. Y porque ya muchas veces había el Señor platicado con ella sobre su sacratísima Pasión, renovaría ahora la memoria de todo y las horas en que cada cosa había de suceder, para que ella le acompañase espiritualmente en todo. Y por cuanto los dolores de esta despedida eran de parte á parte, los cuales no podemos imaginar, me parece que no declararía uno á otro la pena por palabras, sino que por los ojos y los corazones se entendían y comunicaban los sentimientos interiores. Por otra parte, la perfección del amor de ambos y la conformidad á la divina voluntad, no permitía que en aquellos naturales sentimientos hubiese la más mínima imperfección ni falta á la suma obediencia. Mas porque el Señor era Hijo para sentir mucho los trabajos de la Madre, y era su Dios para esforzarla en todo, la consoló con divinas palabras, que ella recibía y conservaba en su corazón como humildísima sierva, y la favorecía y esforzaba interiormente con divinas influencias de nueva gracia, nueva fortaleza, nuevos excesos de amor; nuevos y riquísimos dones espirituales, para poder sobrellevar los grandes males de trabajos que la estaban aparejados. Bien se deja entender el trueque que la Señora hiciera, si fuera posible y conveniente el padecer ella por su sacratísimo Hijo, y cuánto menos tormento la sería y más gustoso dar su vida, si con ella pudiera evitar la muerte del Señor. Mas ya que la divina ordenación no lo dispuso así, quedó ella ofreciendo el corazón, y el

Señor se fué á ofrecer el cuerpo para que cada uno padeciese cuanto Dios les mandaba padecer. La Señora había de sufrir en la parte más sensitiva, que es el alma, todos los trabajos de su Hijo, sin ninguna memoria de los propios; el Señor, en su humanidad, todos los suyos, y los de la Madre, por el grado y medida de sus fuerzas.

Así se despidió el Señor, y fué á entrar en el piélagos sin fondo de sus tormentos, y la Señora quedó en continua oración acompañándole interiormente. De suerte que empezó la Señora este trabajosísimo día por oración, lágrimas, agonías interiores, perfectísima sujeción y entregada toda á la divina voluntad, como el Señor empezó en el Huerto, donde sudó gotas de sangre. Y en esta ocupación perseveró la gran Señora hasta saber que su Hijo pasaba, y era llegado el momento que El la señaló de ir á acompañarle.

La noche que el Señor fué preso (como ya se ha dicho) fué llevado á casa de Caifás, donde después de cansados los judíos de hacer escarnios al Señor, se recogió cada uno á su casa, y el Señor fué allí encarcelado hasta la mañana. Esto sería á las dos de la noche, poco más ó menos. A todo esto asistió San Juan Evangelista, y supo que en el consejo de los judíos estaba el Señor condenado á muerte, teniendo resuelto que por la mañana le llevasen á Pilatos para que confirmase la sentencia de la muerte en cruz. Escriben los Santos, que á este tiempo se salió San Juan Evangelista de casa de Caifás (ó por orden que tendría para ello del Señor ó por su interior inspiración), y fué á casa de nuestra Señora á darla cuenta de lo que habían determinado los judíos. Los que escriben de esto refieren muchos sentimientos entre la Virgen y el discípulo, al contar éste y oír aquélla lo acontecido; y realmente fueron tan grandes los dolores, que todo se puede pensar, y cuanto se dice sería menos de lo que pasó; mas yo pienso que, sobre todo cuanto se escribe, harían su oficio las lágrimas y sentimientos de los corazones, más que la lengua, á lo menos en la Señora; porque como jamás perdió punto en su modestia, ni salió de su boca el más mínimo desorden de palabras, sólo el corazón padecía lo que nadie puede imaginar.

Viendo, pues, la Señora que era tiempo de ir á buscar y acompañar á su unigénito en sus trabajos, salió al romper la mañana de su casa, imitando en el silencio al Cordero Jesús, como oveja callada hasta la muerte, regando el camino con sus purísimas lágrimas y penetrando el cielo con fervorosos suspiros. Los devotos de la Señora tienen aquí por delante caminos en que con amor y sentimiento de sus dolores la acompañan, pues fueron tales como los que el Señor, lleno de trabajos, anduvo en este mismo día por nuestros pecados. Cuando los judíos le llevaron á casa de Pilatos y de Herodes, pienso que la Señora no le pudo ver con la vista corporal, á causa de la mucha gente y alboroto, hasta que Pilatos lo mostró al pueblo azotado y coronado de espinas; pero oía los gritos del pueblo, el alboroto y estruendo de la ciudad, las injurias que le iban diciendo, las afrentas que le hacían, las blasfemias que contra El pronunciaban, los juicios que hacían, muy ajenos de lo que el Señor

ñor merecía. Imaginaría la pena del divino Cordero entre aquellos lobos, costándola todo esto muchas lágrimas é indecibles dolores. Pero como en El tenía puesto todo su amor, aunque el verle era lo que más la había de quebrantar, con todo eso era lo que más deseaba; porque el amor tiene los extremos de que mucho peor sufre la ausencia del amado, que el trabajo de tenerle presente en aflicción, por grande que ésta sea. Con semejantes deseos y recelos esperaba la gran Señora la vista de su Hijo, cuando le vió abierto todo de llagas de pies á cabeza, con el rostro hinchado, corriendo por todo El la sangre de las espinas, que le taladraban la cabeza, con una soga á la garganta, las manos atadas y en ellas una caña por cetro, vestido de escarnio. Sabía bien el Hijo que estaba allí su sacratísima Madre; y ésta conocía que El entendía bien su corazón, el cual se hallaba no menos penetrado de dolores, que el cuerpo de su Hijo de llagas y de gotas de sangre. Allí oyó los falsos testimonios, y le vió ser trocado por el ladrón y homicida Barrabás. Allí oyó los gritos con que todos le pedían la muerte, y luego oyó el pregón de la cruel sentencia. Vió enbolada la cruz en que le habían de clavar, que él llevó á cuestras hasta el Calvario, y le fué siguiendo por los vestigios de sus plantas llenas de sangre, lavando aquellas calles la Madre con tantas lágrimas, como el Hijo con gotas de sangre, y no menos cargada de la cruz de los dolores interiores que padecía, que el Hijo de la que llevaba sobre sí.

Sentóse la Señora en el monte Calvario acompañada de las mujeres santas que seguían al Señor, las cuales no la daban más consuelo que compadecerse de lo que el Señor padecía; pero ella callando, á ejemplo de su Cordero, y tolerando, pasaba todos sus dolorosos sentimientos. Oía los golpes de los martillos con que clavaban al Señor en la cruz, los cuales traspasaban su espíritu; esperaba con inmenso dolor verle enarbolado en la cruz, y ya de antemano sentía todos cuantos tormentos había de padecer el Señor en cada miembro y juntura, porque todo se lo anticipaba el indecible amor que le tenía; como estaba débil por el pervigilio de la noche, y con menos alimento de lo que la naturaleza necesitaba para sobrellevar tantos trabajos, y se había extenuado por el llanto; cuando vió al Señor levantado en la cruz, y quedar con tan inhumanos y crueles dolores pendiente de la cruz, sin poder ella, ni querer el Señor que le valiese; y aunque no faltaba á su amor fortaleza para todo, sin embargo, como era Madre, y no divina, sino humana, no pudo la naturaleza con tanto golpe de aflicción; y aunque sin ninguna culpa suya, ni imperfección, sino como compuesta de carne flaca, cayó en los brazos de las que la acompañaban, con el desmayo de pasmo que en excesivos dolores suele sobrecoger á la naturaleza; y estancadas las lágrimas, demudado el color, quedaron trémulos sus miembros, sin tener otros rocíos para volver en sí, más que las lágrimas y dolores de las santas discípulas, hasta que el Señor tuvo por bien de esforzarla para que le acompañese hasta la muerte; y volviéndose á desprender los ríos de lágrimas de sus pu-

risimos ojos, comenzó nuevo martirio de los dolores con la vista y compañía de su Hijo crucificado. Abriendo lugar la gente, se llegó la Señora al pie de la cruz con el amado discípulo y las que la acompañaban, y ya de rodillas, ya postrada, ya sentada, ya poniendo los ojos en su Cordero, ya bajándolos, hacía en su alma el oficio de intermediadora de los pecadores, ofreciendo por ellos al Padre Eterno aquel Hijo, su sangre, sus dolores, con un ardentísimo deseo de la salvación de todos.

Recelaba verle expirar, y sentía durasen tanto los tormentos, que sabía no se habían de acabar sino con la muerte. Deseaba que el Padre Eterno ablandase el rigor de los tormentos que el Hijo padecía, y conformábase con lo que El ordenaba. Veíanse la Oveja sacratísima y el divino Cordero, y se entendían y afligían de lo que cada uno padecía; y tal fué todo lo que allí pasaba, que puedo decir seguramente, que por mucho, y por más que se alcance y sienta de aquellos dolores, no es posible llegar nadie al grado que tuvieron, y ninguno los puede entender del todo, sino sólo aquellos dos purísimos corazones, que perfectísimamente se amaban, se entendían y se condolían; porque como los dolores fueron por la medida de los amores; quedan todos tan atrás de conocer las penas, como viven lejos del amor con que los dos se amaban. Por tanto, no gustaré palabras en ponderar los trabajos de la Señora, porque como son más cortas que lo que puede alcanzar el corazón, dejo el sentimiento con que la debemos acompañar al amor que cada uno la tuviere, y al deseo de servirla y complacerla; porque quien más adelantare, más mercedes recibirá de sus entrañas maternales. Crecían los dolores de la sacratísima Señora, y se renovaban con cuanto de nuevo acontecía, esto es, con ver las afligidas palabras con que el Señor declaró al Padre Eterno el desamparo en que estaba; con ver el vinagre, que le daban á beber; con verle expirar en la cruz; con tenerle en sus brazos después de clavado, y ya difunto; con ponerle la mortaja; con cerrarle en el sepulcro, y con la pena de su ausencia con que se retiró á su casa hasta la resurrección, y con parecería aquellos tres días muy prolongados años.

En los verdaderos imitadores de Cristo, que llegaron á estado de puro amor de Dios y de los prójimos, vemos un grande efecto de esa misma calidad, que es sufrir por amor de Dios sus propios trabajos y tener mucha pena de los ajenos, en tanto grado, que les fuera mucho más ligero tomarlos sobre sí que verlos en sus prójimos. Este amor fué mucho mayor en Cristo, y de él nos dió muchos ejemplos en su vida, y especialmente en el día de la Pasión, en que sabiendo que le había vendido Judas, estaba más sentido de la pérdida de aquel discípulo (manifestando que mejor le fuera no haber nacido), que de cuantos trabajos había de padecer por su traición. A las mujeres que le seguían llorando, cuando iba con la cruz, las declaró cuánto más le dolían los trabajos que ellas y toda aquella ciudad habían de pasar, que cuantos El iba padeciendo. Levantado en la cruz, al punto, como olvidado de los tormentos propios en que se

hallaba, manifestó cuánto mayor cuidado le daban las necesidades de los pecadores, que sus penas, y les solicitó el perdón; por donde vemos, que el amor de este Señor á sus criaturas le hace tan presentes y tan propios los trabajos de sus ovejas, que en medio de los que padece, muestra sentir más los ajenos, sin que el ser el mismo que como Dios lo ordenaba, disminuyese el sentimiento que como verdadero pastor y amigo le aligía. Siendo esto así, como lo es, no hay duda en que uno de los grandes trabajos que el Señor tuvo en la cruz, y que le aligía más que los dolores corporales, fué ver la grandísima aflicción é inmensas penas con que su sacratísima Madre estaba al pie de la cruz, y lo que había padecido en todo aquel día, y cuánto la restaba hasta la resurrección; porque ella era la criatura á quien El más apreciaba, la que le era más acepta entre todas las del cielo y de la tierra, y ella era la que más le amaba. Era Madre, y la mejor de todas las Madres; compañera de su peregrinación, la más fiel en todos sus trabajos; era inocente y purísima, y que por sí no merecía ninguna de las grandes penas en que se hallaba. La aflicción era tal, que ninguno de los nacidos, ni por nacer, pasaría otra igual; porque ver semejante Madre á tal Hijo atormentado delante de sus ojos, tan contra justicia, y metido en tan gran pelágo de trabajos, sin poderle valer, era tan gran cruz, tan pesada, y sólo para ella guardada, que se verificó haber recibido la cruz y las angustias á medida de sus heroicas virtudes y particulares gracias. Ni la valió el ser Madre y ser purísima, para dejar de pasar tales tormentos; antes bien, como el Señor por guardar la ley del decoro debido á su Madre, no permitió que criatura alguna, ni aun los malvados que le crucificaban, se atreviesen á hacerla ninguna afrenta, ó darla algún trabajo; sólo la razón de Hijo y el amor de Madre podían ser verdugos del corazón en el fin de la vida de su único Hijo, pues al principio de ella fueron los ministros de los placeres soberanos que tuvo.

Esto que el Señor crucificado veía penetrar el corazón de su sacratísima Madre, la vista de sus desconsoladas lágrimas y el desamparo en que estaba y quedaba con la muerte del Hijo, sin que hubiese remedio según la divina ordenación, que así lo tenía decretado, fué para su dulce y suave corazón un nuevo género de tormento y martirio; disponiendo el Padre Eterno que la Madre asistiese al pie de la cruz de su unigénito, para que ninguna cosa le faltase de las que humanamente se pueden sentir mucho, y hacer los tormentos más pesados. Así piensan algunos, y con razón, que cuando el Señor vió en esta aflicción á su sacratísima Madre, y la habló desde la cruz, no la quiso nombrar Madre para no aumentar la aflicción, ni contrastarse á sí. Tampoco la habló más que lo suficiente para mostrar que no se olvidaba de ella, y acudió, como entonces podía, al desamparo en que quedaba, dándola por hijo el más querido discípulo, para que la acompañase y sirviese, y pidiéndola que le tuviese por tal, con estas palabras: *Mujer, ves ahí á tu hijo.* Y al discípulo: *Mira ahí á tu Madre.* Y como San Juan al

pie de la cruz era figura de todos los amados pecadores, que siguen los pasos del Señor, quiso que todos quedasen obligados á servir y enjugar las lágrimas de esta gran Señora. El santo discípulo se dió luego por obligado á servirla mientras viviese, como lo hizo, y la tuvo por su amparo, Señora y Madre, estimando el servirla, como que en esto tenía la mayor hacienda que podía heredar de su amantísimo Maestro.

La Señora recibió no pequeño consuelo oyendo la voz de su unigénito Hijo, porque veía bien que por aquel trueque no dejaba El de ser su Hijo y Señor; y en la última hora sirve de no poco consuelo cualquiera memoria y palabra de los hijos y verdaderos amigos. Mas como aquellos dos purísimos corazones se entendían muy bien, aceptó la Señora por hijo á San Juan, y en él á todos los pecadores, porque sabía muy bien que esa era la intención del Señor; pues como moría por amor de ellos, y sus pecados le causaban la muerte, quiso en la última hora quitarles toda la desconfianza que les podía quedar del trabajo que con sus pecados le habían ocasionado; y á este fin les entregó la cosa que más estimaba y que más entrada tenía en su valimiento, para que con su amparo confiásemos todos que de El seríamos recibidos. Del amor que la Señora tiene á los pecadores ninguno puede dudar, á vista de que en el parto espiritual de ellos al pie de la cruz, tuvo los inmensos dolores que la faltaron en el virginal de su unigénito Hijo. Según lo cual vemos claramente que todos los mares de los dolores de la Madre y de los tormentos del Hijo vinieron, finalmente, á parar en mercedes y riquezas para los pecadores; y así, todo nos obliga á poner los ojos en estos dos purísimos espíritus, y emplear toda la vida en su servicio, poniendo todo cuidado en imitar sus pasos; porque mal puede pensar el siervo que será acepto á sus amos, si anduviere por diferentes caminos de los que llevan su señora y señor.

EJERCICIO DE LOS DOLORES DE LA VIRGEN SANTÍSIMA Y DE LCS QUE EL HIJO PADECÍA CON VER LOS DE LA MADRE

¡Buen Jesús é inocente Cordero, que tan atormentado estás de todas partes en esa cruz, y veis tan atormentado el corazón de esa sacratísima Oveja, purísima Madre y sierva vuestra! Enseñadme á sentir y acompañaros en esos vuestros trabajos. ¡Oh, qué dos corazones tan puros, tan limpios, tan llenos de gracia y de hermosuras interiores, tan abrasados en puro amor, tan llenos de trabajos, tan presos mutuamente y tan afligidos el uno por el otro! Sentía la Virgen sacratísima como Madre y amiga fidelísima los trabajos inmensos del Hijo y divino Cordero; sentía el Hijo obedientísimo los incomparables dolores de la Madre como verdadero amigo y leal compañero. La purísima Oveja y el inocentísimo Cordero, uno por otro claman, uno por otro lloran, uno por otro padecen, uno siente los trabajos del otro sin ningún consuelo, y cuanto el amor é mayor y más puro, tanto son más inmensos los dolores y sentimientos. ¡Oh duro corazón, cómo no te deshaces en dolor y lágrimas viendo

que tú diste la ocasión á esos intolerables dolores de la Virgen y del cordero Jesús! ¿Qué hizo esta Señora para pasar por semejantes dolores? ¿Qué hizo este Señor para padecer por todas partes tantas aflicciones? Tú, feliz y perverso pecador, tus desventuradas culpas son los verdugos de estos inocentísimos y santísimos corazones. Perdonadme, corazones purísimos, tomadme aquí ombros y satisfaced de mí como merezco; y pues todas las criaturas os obedecen, mandad á todas que os venguen de mí. Pasad á mí esas penas y dolores para que, ya que fui y soy la causa de ellas, contribuya á llorar y sentir lo que os hago padecer. Amor de mi alma, Jesús y Virgen, mi esperanza, que tanto os parecéis en el amor que tenéis á los pecadores, apartad de mí el gusto de la vida, pues soy vuestro; y ya que Vos la pasáis con tormentos, no me la dejéis á mí acabar sin ellos; y pues soy de vuestra casa y siervo vuestro, aunque indigno, no permitáis que en esta vida me dé gusto sino aquello de que gustáis, y que siempre traiga en mi alma vuestros dolores para que padezca por Vos, con Vos sienta, con Vos ame y con Vos mude en vuestro servicio toda la vida.

¡Oh Virgen sacratísima, cómo se transformaron todos vuestros placeres en trabajos! Si Vos tuvierais gustos mundanos, justas fueran estas mudanzas; mas Vos, Reina de los ángeles, nunca tuvisteis gusto ni placer, sino en cosas divinas. Dios os poseía el corazón, Dios os le arrebató todo; sólo El y lo que de El procedía, con lo que á El os llevaba, os daba gusto. Tuvisteis gozo en veros Madre y llena de Dios; de verle nacido, y adorado de los ángeles, de los pastores y reyes; pendiente de vuestros pechos, sustentado de vuestra leche purísima, servido de esos virginales brazos, ofrecido en el templo, conocido del justo Simeón y de Ana. Todos los treinta años que le tratasteis fueron vuestros gustos divinos espiritualísimos é interiores de lo que El os comunicaba de sí mismo; y de los júbilos, excesos mentales y arrobos en que vuestra alma purísima, inflamada de este Señor Hijo vuestro y vuestro Dios, era levantada; y con El siempre unida y transformada, recibisteis más que todos, porque amabais á este divino Señor con purísimo amor, más que todas las criaturas. Pues, Señora, ¿qué hay aquí en tan puros y fidelísimos gustos, en tan interiores espirituales placeres, que pueda transformarse en dolores? ¿No estaba bien conocido vuestro amor? ¿Tenía nueva necesidad de prueba y ser ejercitado con dolores? ¿También os alcanzó la miseria y tributo de los desterrados hijos de Eva, no habiendo sido participante de sus culpas? ¿Ni aun para Vos dejó este destierro de ser tierra de trabajos y valle de lágrimas? ¡Oh miserable pecador, que viendo esto en la Reina de los ángeles piensas tener hora de gusto en la vida, siendo tan perversos tus gustos! Confundete y córrete delante de este Señor y Señora de todo el tiempo de la vida que has gastado en desórdenes, y de lo mal que te sabe el sufrir un dolor; cuántas quejas se te ofrecen y cuántos pretextos hallas para huir del trabajo. El Hijo de Dios Jesús muere (como ves) pensando; la purísima Virgen y Madre no es exenta de los do-

lores que padece; y tú, lleno de maldades, quieres descansos y gustos.

Todo el tiempo que vivisteis, Reina de los ángeles, en compañía de este Señor, estuvisteis esperando estos dolores, que os había profetizado Simeón, y vieron vuestros ojos los placeres divinos tan mudados en tan grandes dolores, que parece hacen olvidar todos los gustos pasados, porque por la medida de vuestro amor fué la grandeza de vuestra aflicción. Despidióse el Señor de Vos para ir á padecer, mostrando que era su voluntad le acompañaseis al pie de la cruz, y ya desde este lance quedasteis traspasada de dolor. Llámamos San Juan por ser ya tiempo de ver al Cordero padeciendo, y vais regando con lágrimas las calles de Jerusalén. Halláis á vuestro Hijo entre lobos que le piden la muerte, y veisle no adorado de reyes, ni de ángeles, ni servido de vuestros brazos purísimos, sino mostrado al pueblo como falso rey, blasfemado, deshonrado, pidiéndoles todos la muerte, condenado á ella, cargado con su cruz, llevado al Calvario, con Vos en pos de sí, llena de dolores inmensos. Ois las martilladas de cuando le clavan en la cruz, que os traspasan el alma; estáis llena de tormentos y aflicciones esperando aquella triste hora en que le habéis de ver crucificado; veisle levantar en alto, con tanta gritaría y estruendo, que ofreciéndose á la vista encima de la gente, se traspasan vuestras entrañas, la naturaleza y sangre quedan yertas, y no pudiendo resistir al dolor, caéis traspasada de la pena, hasta que volviendo á los sentidos os cubris de lágrimas y pasáis aquellas tristes horas al pie de la cruz, viendo los inmensos trabajos, cruellísimos tormentos, injurias y afrentas que pasa vuestro amado hasta que le veis expirar y apartarse de Vos con la muerte; os le ponen ya difunto en los brazos; le amortajáis y ponéis en el sepulcro, haciéndole los últimos obsequios, como en el nacimiento le hicisteis los primeros servicios, siempre leal siervo y compañera suya, desde antes de nacido hasta después de muerto; todo con tan grandes mares de trabajos, tantas olas de dolores, tantos aprietos de aflicciones, tantos desamparos y desconsuelos, cuantos ninguno puede imaginar. En todo ardía vuestro amor, y os atormentaba; la fe no disminuía; la obediencia con que vuestro corazón estaba resignado á Dios, no contradecía; todo os lastimaba, todo os afligía, todo os desconsolaba, todo os penetraba las entrañas, sin ningún alivio. ¡Oh Virgen sacratísima, quién pudiese sentir lo que en todo padeció esa alma perfectísima! Había en ella tantos dolores, cuantos el Hijo sacratísimo padecía, cuantas llagas le hicieron, cuantas blasemias le injuriaron; y como amabais mucho, sentíais mucho, penabais mucho; ni habrá corazón inferior á vuestro amor, que pueda sentir perfectamente lo que entonces padecisteis.

Cuando vuestros leales siervos ven ¡oh Reina del cielo! estas cosas, se deshacen en lágrimas y dolor de ver vuestros divinos placeres transformados en tan cruéles dolores, y ver á vuestra inocentísima pureza pasar por tan inhumanos trabajos; y si pudiesen deshacerse todos por apartarlos de Vos, lo harían. ¿Qué sentiría, pues,

el corazón de aquel inocentísimo Cordero, único Hijo de Dios y vuestro, viendo perfectamente los dolores que os penetraban? Pues El poseyó siempre vuestro amor, y fué de él poseído; el que por treinta años os sirvió, acompañó y obedeció; el que veía que no merecáis las penas que pasabais; que veía el desamparo en que por su muerte quedabais; los suspiros que su ausencia había de causar en ese corazón, y que ni le hablabais, ni El os hablaba, ni había palabras que pudiesen mitigar sus dolores, y sobre todo, veía que era preciso pasarlos, pues ni El podía dejar de obedecer muriendo y penando, ni Vos podíais dejar de padecer viendo lo que veáis, y amando como amabais.

¡Oh Padre Eterno y Dios de toda consolación, qué dos corazones tenéis aquí crucificados! ¿Cómo no favorecéis á vuestro único Hijo y á vuestra sacratísima Esposa y humildísima sierva? ¿Cómo quebrantáis con ellos la ley en que tenéis mandado, que no se sacrificase en un día el Cordero y la Madre? Aquí en un mismo día, en una hora, en una cruz, en unos mismos clavos tenéis crucificado al Hijo sacratísimo, y el corazón de la inocente Madre. ¿Per ventura tuvisteis más cuidado de las ovejas irracionales, no queriendo fuesen sacrificadas en el día que estaban más sentidas de echar de menos á sus corderos, que de la purísima Virgen, que tan penetrada se halla por los dolores y muerte de su divino Cordero? ¿Quisisteis que no tuviese ella otro atormentador mayor que el amor de vuestro único Hijo, y que á El no le faltase entre tan inmensos mares de dolores la vista de los trabajos de su Madre, que acabasen de lastimarle y afligirle? Bendito, alabado y glorificado sea, Señor, el amor con que amáis á los pecadores. Adóroos, y os doy infinitas gracias por todas las obras de ese infinito amor.

¡Oh Hijo de Dios vivo, luz de mi alma! Pídoos por el infinito amor con que me amáis, que acatéis ya de alumbrar del todo mi alma en tan puras verdades, y quitéis de mi corazón el deseo de consolación en esta vida, é imprimáis en él vuestro amor y deseo de padecer por Vos. Y pues todas vuestras grandezas, y hasta vuestra sacratísima Madre, os vinieron á dar tormento, y Vos la servisteis á ella de un mar de tribulaciones, ¿qué ceguedad es la mía, cuando pienso que os he de contentar por otro camino? Amor mío, sabiduría mía, ¿hasta cuándo andaré ciego y errado? ¿Hasta cuándo huiré de Vos? ¿Hasta cuándo dejará este hombre terreno de rendirse á lo que tan claro veo en Vos? ¿Para qué quiero vida, si no he de emplearla y acabarla por Vos, como veo la de vuestra sacratísima Virgen penando por Vos, y la vuestra acabarse por mí en una cruz? ¿Qué mayor desengaño de mis yerros espero? ¡Oh esperanza mía! Llegue esta luz á mí, llegue la fuerza de este amor, llegue la mudanza que hace en los corazones que halla rendidos á sí. Aquí me someto, ofrezco y entrego todo: haced vos, Señor, que esto sea con pura y entera voluntad. Imprimid en mi vuestros dolores, concededme que los imite, quitadme el gusto de lo demás, y dádmelo sólo de amaros mucho, y de padecer mucho por Vos.

Dios de mi corazón y Señor de mi alma, adóroos y tribútoos infinitas gracias, porque empleáis en mi provecho hasta los dolores que tenéis de las penas de vuestra sacratísima Madre, y me la dais por Madre y Señora, mostrándome que me estimáis tanto, que queréis me tenga ella en vuestro lugar como hijo, y que como á tal me ampare, me favorezca, tenga misericordia de mí, y se compadezca de mis necesidades. ¿No hallasteis, Redentor mío, otra consolación para vuestra amada Madre, que darla por hijo á los malos pecadores? Bendito y alabado seáis, que ninguna cosa quisisteis se desperdiciase, sino que todo cediese en mi remedio. Pues, piadoso remedador mío, entre tantos remedios, no quedo yo sin él. Tomadme todo Vos, y hacedme digno siervo vuestro, y de esta purísima Señora.

¡Oh Madre de Dios sacratísima! Acordaos que los dolores que no tuvisteis en el parto virginal de vuestro Hijo, se os doblaron al pie de la cruz en el parto espiritual de los pecadores, cuando tomasteis á todos por vuestros hijos. Ya que tan caro os costó, tomadme por siervo vuestro, amparadme y guardadme. Merecedme ser oído de este Señor, poseído, abrasado y mudado todo en su servicio, á su voluntad enteramente. Haced conmigo, sacratísima Virgen, el oficio de Madre en negociarme gracia, para que no se pierda este vuestro indigno y miserable hijo. ¡Oh celestiales ciudadanos, frutos de las espirituales entrañas, y amor de esta purísima Señora! Inclinadla á que me favorezca, y á su único Hijo á que me libre de tan grandes miserias y me transforme en perfecto siervo suyo. Amen.

TRABAJO XLVIII

Desamparo que Cristo padeció en la cruz.

QUEL causar alivio en los trabajos, verse los atribulados asistidos de amigos que los ayuden á sentir, ó tener cosas que puedan divertir la imaginación y apartarla de los trabajos presentes. Pero verse un afligido cercado por todas partes de lo que le atribula, y no poder poner los ojos sino en lo que acrecienta la pena, y estar desamparado de todo alivio, es cosa que, no sólo hace los trabajos muchos mayores, sino que con razón puede reputarse por principal y como fuente de todos los demás. Por tanto, acostumbra el Señor probar á sus siervos con este género de trabajo, como más contrario á la naturaleza y gustos de la vida. Y cuando quiere encaminar á las almas que de veras le buscan, disponiéndolas para muchas mercedes interiores, primero las da cruz de tentaciones y trabajos conforme á las fuerzas, para que así empiecen á perder el amor de las cosas terrenas y se ejerciten en la imitación del divino Maestro. Conforme empiezan á sujetarse á su obediencia, y aceptar las cruces que les da, va quitando la consolación de las criaturas, para que le busquen solo á El, y no lleven